

ANA DEL CID MENDOZA
MARTA RODRÍGUEZ ITURRIAGA
MARÍA ZURITA ELIZALDE
(EDS.)

MUJERES EN LA ARQUITECTURA
historia de un silencio, voces de la contemporaneidad

GRANADA 2023

COLECCIÓN ARQUITECTURA, URBANISMO Y RESTAURACIÓN

Director

Francisco Javier Gallego Roca

Consejo Asesor

SUSANNA CACCIA GHERARDESCHI Università di Firenze	JUAN DOMINGO SANTOS Universidad de Granada	DOMINIQUE POULOT Paris-Sorbonne
MARÍA JOSÉ CASSINELLO Universidad Politécnica de Madrid	DANIELA ESPOSITO Università La Sapienza, Roma	JOAQUÍN SABATÉ Universidad Politécnica de Cataluña
JOSÉ CASTILLO RUIZ Universidad de Granada	MAR LOREN MÉNDEZ Universidad de Sevilla	IGNACIO VALVERDE PALACIOS Universidad de Granada
JUAN CALATRAVA ESCOBAR Universidad de Granada	ÁNGEL ISAC MARTÍNEZ DE CARVAJAL Universidad de Granada	CLAUDIO VARAGNOLI Università di Chieti-Pescara
RICARDO DALLA NEGRA Università di Ferrara	JOSEP MARIA MONTANER Universidad Politécnica de Cataluña	
CARMEN DÍEZ MEDINA Universidad de Zaragoza	VÍCTOR PÉREZ ESCOLANO Universidad de Sevilla	



© LOS AUTORES
© UNIVERSIDAD DE GRANADA
ISBN: 978-84-338-7316-3.
Depósito legal: Gr. 1782-2023.

Edita:
Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja
Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada
Telf.: 958 243930-246220
www: editorial.ugr.es

Revisión ortotipográfica, maquetación y cubierta: Ana del Cid Mendoza, Marta Rodríguez Iturriaga,
María Zurita Elizalde

Imprime: Imprenta Comercial. Motril

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Índice

Ana del Cid Mendoza, <i>in memoriam</i>	9
<i>Marta Rodríguez Iturriaga, María Zurita Elizalde</i>	
Prefacio	11
<i>Ana del Cid Mendoza, Marta Rodríguez Iturriaga, María Zurita Elizalde</i>	
I. La casa: sueño, refugio y encierro para las mujeres.....	15
<i>Marta Llorente</i>	
II. Cambios genéticos en la arquitectura de vanguardia. Un salto evolutivo en la concepción del espacio habitable	39
<i>Carmen Espegel</i>	
III. Arquitectas en la historiografía de la arquitectura contemporánea: crónica de una difícil presencia	65
<i>Juan Calatrava</i>	
IV. Narrando historias sobre mujeres arquitectas. Paradigmas, dilemas y retos	91
<i>Hilde Heynen, Lucía C. Pérez-Moreno</i>	
Conclusiones	117
<i>Ana del Cid Mendoza, Marta Rodríguez Iturriaga, María Zurita Elizalde</i>	

Ana del Cid Mendoza, *in memoriam*

MARTA RODRÍGUEZ ITURRIAGA, MARÍA ZURITA ELIZALDE

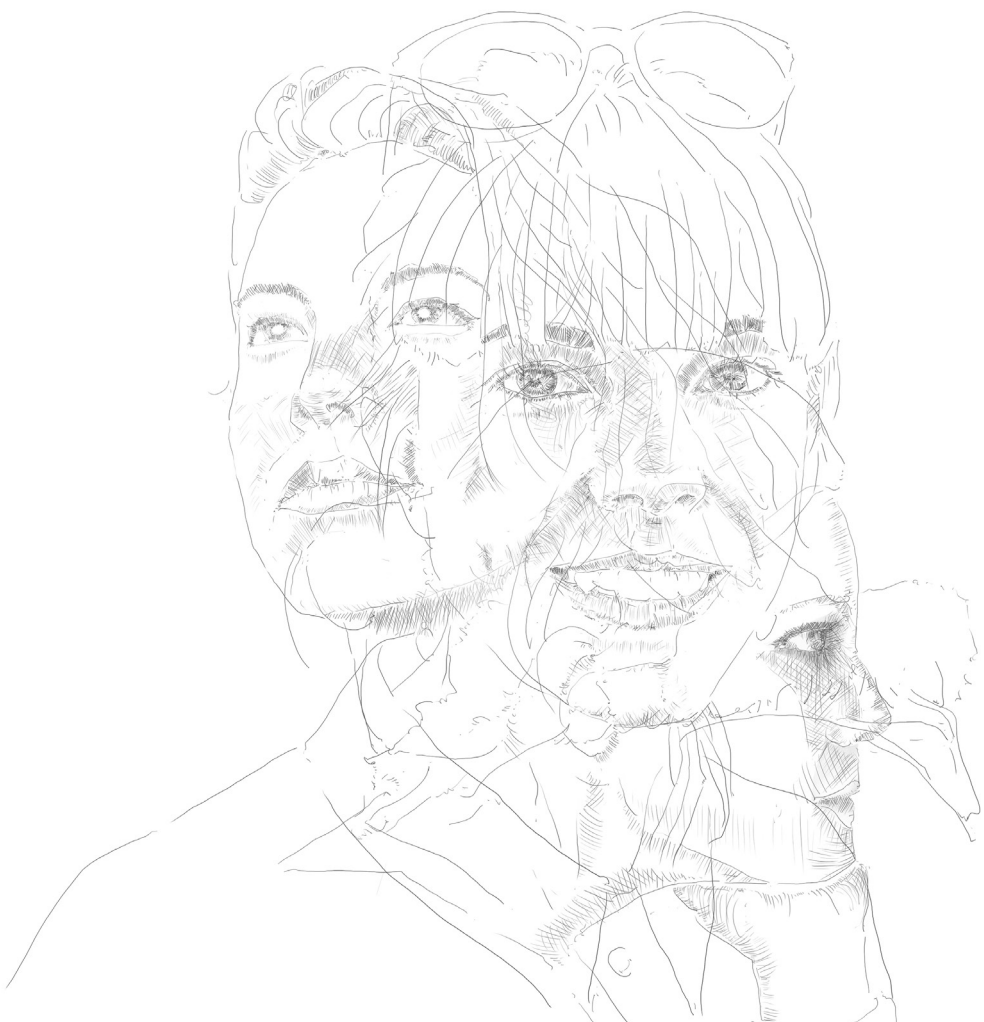
ESTE LIBRO ES FRUTO DEL EMPEÑO Y ESFUERZO de una investigadora y compañera ejemplar que, desgraciadamente, no pudo verlo terminado. Ana del Cid Mendoza (Granada, 1981), arquitecta y profesora ayudante doctora en la Universidad de Granada, nos dejó la madrugada del 3 de agosto de 2024, tras una infatigable lucha contra la terrible enfermedad que puso en pausa su vida, su carrera y sus sueños.

Ana realizó una brillante tesis doctoral sobre cartografía e historia urbana en Granada y Nueva York (2015) y fue galardonada con el prestigioso Ristow Prize for Academic Achievement in the History of Cartography (2016). Llevó a cabo estancias de investigación predoctorales tanto en Nueva York como en Roma. Tras la lectura de la tesis, realizó, de nuevo en Roma, una estancia de investigación posdoctoral de dos años, obtenida en reñida convocatoria competitiva. Al término de la misma, obtuvo un contrato posdoctoral, financiado por el PAIDI de la Junta de Andalucía, que versaba sobre mujeres arquitectas. En 2022 y asociada a dicho proyecto, tuvo la generosidad de proponernos esta aventura. Aceptamos su invitación sin dudarlo, seguras de que compartir este proyecto con ella nos depararía tanto aprendizaje como crecimiento personal.

Por espacio de un año trabajamos codo con codo con Ana en diversas iniciativas académicas de componente investigadora, docente y de transferencia social, cuyo fin era dar a conocer el papel de la mujer en la construcción de espacios a través de la historia. Durante ese tiempo tuvimos ocasión de admirar su tesón, su disciplina, su capacidad de gestión y su amor por las cosas bien hechas. Ana estaba atenta a todos los detalles y a todas las personas, y prueba de ello es el rotundo éxito cosechado en cada una de las actividades en las que decidía implicarse.

La culminación de aquel proyecto consistía en la edición de un libro sobre el papel de la mujer en el ámbito de la arquitectura: una cuidadosa

selección de textos, a solicitar a especialistas de reconocido prestigio, que incluyese también nuestras propias reflexiones sobre el tema a partir de aquellas lecciones magistrales. Ana continuó liderando esta tarea con diligencia excepcional mientras las fuerzas se lo permitieron. Su compromiso fue total hasta el último momento, dejándonos impresionadas su capacidad de trabajo, su sentido de la responsabilidad y su determinación. Tomamos el testigo procurando ser fieles al espíritu original de la publicación y volcar en ella todo lo que de Ana aprendimos. Nos entristece enormemente que no pudiera ver publicado el resultado del que fue, por desgracia, su último proyecto y sobre el cual ya albergaba ideas de continuidad, que se habrían traducido sin duda en contribuciones académicas de alto valor. Confiamos, al menos, en que su voz y su legado estén presentes en estas páginas. Ella es ya, también, otra de esas «mujeres en la arquitectura», luchadoras incansables, a las que rinde homenaje esta publicación.



Prefacio

ANA DEL CID MENDOZA, MARTA RODRÍGUEZ ITURRIAGA,
MARÍA ZURITA ELIZALDE

AUNQUE EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS el papel de la mujer en la historia y en la práctica de la arquitectura contemporánea viene siendo crecientemente visibilizado, el número de referentes femeninos que manejan tanto el estudiantado como los profesionales del sector sigue siendo marcadamente escaso. Este hecho contrasta con una realidad incuestionable: la continuada tendencia al alza en el número de egresadas y de alumnas de nuevo ingreso en los estudios de Arquitectura¹. Si bien es cierto que la estructura social y los estereotipos culturales no han favorecido históricamente el mismo tipo de participación de hombres y mujeres en la construcción de espacios, también lo es el hecho de que las aportaciones femeninas en este campo han tendido a quedar invisibilizadas por su diferente carácter o alcance o por su desajuste con los roles de género dominantes. La construcción del relato historiográfico ha pasado frecuentemente por alto las contribuciones realizadas desde las actividades de mecenazgo, encargo, mantenimiento, transformación «desde dentro» o desde prácticas tangenciales como el diseño industrial, el escaparatismo o las artes plásticas, e incluso algunos casos notables de praxis profesional según los cauces preestablecidos. Tampoco la experiencia femenina del espacio construido, en sociedades con unos roles de género marcadamente diferenciados, ha sido objeto de suficientes investigaciones. Este sesgo tiene continuidad hasta nuestros días, pudiendo condicionar el enfoque de los estudios universitarios, las perspectivas laborales y las expectativas de desarrollo profesional de alumnado, egresadas y egresados: baste recordar que, en 43 años de Premios Pritzker, solo seis arquitectas han obtenido este galardón.

1. Para el caso de la Universidad de Granada, véase la plataforma interactiva UGR en Cifras (sitio web): https://serinnova.ugr.es/odip/ugr_en_cifras/.

El proyecto editorial *Mujeres en la arquitectura: historia de un silencio, voces de la contemporaneidad* surge como reacción a esta realidad. Desde el entrelazamiento de la arquitectura con los estudios feministas y de género, el propósito de la publicación es visibilizar y difundir la participación continuada y activa de las mujeres en el ámbito de la arquitectura a través de las múltiples facetas que a lo largo de la historia han podido desarrollar, desde el ejercicio de la profesión hasta la «mera» acción de habitar. Se pretende, por un lado, cuestionar los relatos canónicos de la historia de la arquitectura, proporcionando tanto metodologías para superar sus limitaciones como ejemplos valiosos de actuación femenina, y asentando la premisa de que la definición y configuración del espacio no ha sido nunca un ámbito exclusivo de los hombres. Por otro lado, se persigue reflexionar sobre el papel de las mujeres en el panorama arquitectónico actual, rompiendo con la tendencia heredada de invisibilizarlas y ampliando el repertorio de referentes históricos y contemporáneos para las arquitectas y los arquitectos de hoy.

El planteamiento del libro fue concebido en estrecha relación con el proyecto de investigación «Arquitectas en Andalucía: el papel de las mujeres en la profesión y la enseñanza de la arquitectura en el marco andaluz», que entonces desarrollaba la editora principal de la publicación, Ana del Cid Mendoza, mediante un contrato posdoctoral en el marco del programa de ayudas a la I+D+i del PAIDI 2020. El proyecto ha obtenido la inestimable colaboración económica de la Delegación de Bienestar Social, Igualdad y Familia de la Diputación Provincial de Granada y el apoyo de la prestigiosa Editorial Universidad de Granada. El respaldo de estas entidades ha sido un factor clave para que esta iniciativa llegue a término con éxito, y desde estas páginas deseamos trasladarles nuestro más sincero agradecimiento; un agradecimiento que hacemos igualmente extensivo a quienes, con sus magníficos textos, han participado en esta obra compilada. La generosidad de Marta Llorente Díaz, Carmen Espejel Alonso, Juan Calatrava, Hilde Heynen y Lucía C. Pérez-Moreno, su esfuerzo y compromiso con este proyecto permiten hoy la publicación del presente volumen, por lo que les estamos profundamente agradecidas.

El libro se organiza en cuatro lecciones magistrales y un capítulo final de conclusiones a cargo de las editoras. Abre el volumen el texto «La casa: sueño, refugio y encierro para las mujeres» de Marta Llorente Díaz, catedrática de la Universitat Politècnica de Catalunya, que explora los vínculos que las mujeres han mantenido con sus casas a lo largo de la historia. El capítulo es una invitación a reflexionar sobre las relaciones de lo doméstico con lo femenino; relaciones que han oscilado y oscilan entre la opresión y la anhelada realización personal. La autora se vale de ejemplos desde la

prehistoria hasta nuestros días para subrayar el papel trascendental de la casa como espacio modelador del pensamiento y el comportamiento humanos y para reivindicar la importancia de otros modos de intervención en el ámbito doméstico distintos al diseño y construcción de objetos, como las tareas de mantenimiento y cuidado tanto del espacio como de la vida que acoge.

En «Cambios genéticos en la arquitectura de vanguardia. Un salto evolutivo en la concepción del espacio habitable», la catedrática de la Universidad Politécnica de Madrid Carmen Espejel repasa las trayectorias notables de algunas de las mujeres que, a lo largo del siglo XX, realizaron contribuciones decisivas y reconocidas a la evolución de la arquitectura; mujeres que, con o sin formación académica reglada en esta materia, se ocuparon de la experimentación e investigación espacial y aportaron propuestas radicalmente innovadoras. La autora resalta las figuras de las «ingenieras domésticas» americanas Catharine Beecher, Christine Frederick y Lillian Gilbreth, que orientaron sus esfuerzos a la optimización científica del hogar; seguidamente, se detiene en la carrera profesional de Eileen Gray, quien evolucionó del modernismo a la vanguardia moderna –manteniendo siempre una postura crítica muy personal– y abarcó escalas de diseño crecientes, variadas y brillantemente cohesionadas. También repasa la contribución a la arquitectura moderna de Lilly Reich, arquitecta autodidacta especialmente reconocida por sus diseños de exposiciones, interiorismo o mobiliario, y termina resaltando la figura de Lina Bo Bardi, arquitecta ya titulada que, además de integrar escalas y atenciones diversas en sus proyectos con suma habilidad, fue una destacada artista, diseñadora y profesora.

Juan Calatrava, catedrático de la Universidad de Granada y experto, entre otros muchos temas, en historiografía de la arquitectura, aporta la investigación inédita «Arquitectas en la historiografía de la arquitectura contemporánea: crónica de una difícil presencia», en la que realiza un diagnóstico de la presencia femenina en los textos canónicos y más influyentes sobre historia de la arquitectura contemporánea. El texto se centra en aquellas obras de carácter generalista que han intentado trazar una historia global de la arquitectura del siglo XX, desde el libro de Henry-Russell Hitchcock y Philip Johnson *The International Style: Architecture since 1922* hasta *L'Architecture au futur depuis 1889* de Jean-Louis Cohen, pasando por las obras indispensables de Sigfried Giedion, Bruno Zevi, Reyner Banham, Leonardo Benevolo o Kenneth Frampton, entre otros. El autor señala la necesidad de aunar la revisión historiográfica y los estudios de género para analizar la contribución femenina a la arquitectura contemporánea, asumiendo que la realidad social en el pasado –especialmente antes del siglo XX– dificultaba, cuando no imposibilitaba, a las mujeres un desarrollo profesional en este campo.

En el último capítulo del volumen, «Narrando historias sobre mujeres arquitectas. Paradigmas, dilemas y retos», la profesora titular de la Universidad de Zaragoza Lucía C. Pérez-Moreno ofrece, junto a la profesora de la Universidad Católica de Lovaina (KU Leuven) Hilde Heynen, un marco teórico y metodológico útil para abordar la investigación sobre arquitectura y ciudad desde una perspectiva de género. Las autoras definen y distinguen los cuatro paradigmas recurrentes en los estudios sobre mujeres y arquitectura: el pensamiento de la diferencia, el pensamiento de la igualdad, el pensamiento constructivista y el pensamiento interseccional; paradigmas respectivamente identificables con las llamadas «cuatro olas feministas» pero que no constituyen una mera secuencia histórica lineal, sino que aparecen y reaparecen y en ocasiones se solapan. El texto ilustra mediante publicaciones reconocidas las dos posturas historiográficas principales diferenciadas por Gerda Lerner: la «historia de la compensación» y la «historia de la contribución», y analiza de manera crítica las virtudes y debilidades de ambos enfoques, abriendo decisivos interrogantes –sobre la cuestión de la autoría única, sobre la incidencia de las diferencias raciales, de clase social y de orientación sexual en la creación de espacios o sobre la concepción de la arquitectura como producción de objetos de nueva construcción– que evidencian las limitaciones de los relatos historiográficos aún vigentes.

Esperamos que estas cuatro lecciones magistrales y las conclusiones que de su lectura transversal hemos extraído sean de interés general e inviten a afinar los mecanismos de aproximación a la historia y la praxis de la arquitectura desde una mirada crítica, imprescindible para contextualizar, discutir y complementar los discursos canónicos de la disciplina, que han tendido a omitir no solo las narrativas femeninas, sino todo lo que acontece «al margen».

Solo nos queda agradecer una vez más la decidida implicación en este proyecto de la Delegación de Bienestar Social, Igualdad y Familia de la Diputación Provincial de Granada, con cuyo apoyo económico se edita, y de la Editorial Universidad de Granada que tuvo a bien acogerlo, otorgando tanto prestigio como visibilidad a nuestro trabajo.

Granada, diciembre de 2023

La casa: sueño, refugio y encierro para las mujeres

MARTA LLORENTE

Las mujeres tenemos todavía mucho que pensar y dar que pensar para salir del lugar de lo no pensado.
(Celia Amorós, 2005)

Buscaré en estas páginas comprender algunos vínculos que las mujeres han mantenido con sus casas, como lugares centrales de su vida. No se trata de ensalzar a las pioneras de la arquitectura, a heroínas, mujeres que emergen del silencio habitual que cubre sus figuras en el pasado. Se trata de verlas justamente en ese lugar vital que es la casa, detrás del velo que las ha ocultado y que las oculta todavía en el presente. Hablaremos de mujeres que han encontrado la plenitud en los interiores de esas casas donde también han sufrido, pero, sobre todo, donde han amado y han disfrutado de la compañía, donde acaso han encontrado la soledad deseada. Trataré de motivar un pensamiento que las haga salir, a todas ellas, por un momento, de ese lugar siniestro que es el de lo «no pensado», en palabras de Celia Amorós.

La casa es el origen de toda arquitectura. Los estudios contemporáneos de arqueología han descubierto y revalorizado algunos signos de ocupación del espacio en la prehistoria que indican la existencia de casas, cabañas, chozas. Estructuras de hábitat que son contemporáneas a las primeras señales de actividad del género humano, desde sus más remotos ancestros. El prehistoriador y lingüista André Leroi-Gourhan dio un giro a los estudios del hábitat ancestral, realizando levantamientos de suelos en los que se ponía en valor la huella, el cerco que dejaron en torno a las cabañas prehistóricas los restos de materiales, piedras, o desechos de unas vidas pasadas que transcurrieron en estas estructuras ya desaparecidas (fig. 1).

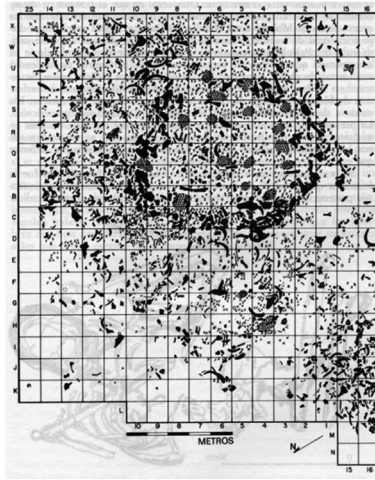


Figura 1. Restos de casa musteriense, yacimiento Molodova I (valle del Dniéster, sur de Rusia), 40.000 años; según A. Leroi-Gourhan.

Estos levantamientos son elocuentes: hablan acerca del paso de la vida por los extensos territorios de un mundo apenas construido. Más elocuentes que las construcciones monumentales a las que se ha dado siempre mayor relevancia. La pregunta, en este enfoque, se desplaza desde los grandes hitos, santuarios, cavernas y monumentos funerarios, a los lugares del hábitat y a los modos de vida. Estas huellas de casas primigenias, así como algunas representaciones que de ellas se han guardado en las pinturas de cuevas, no nos conducen a la idea de una arquitectura excepcional, sino a la más común, a la arquitectura que da cobijo a la vida humana, que permite que imaginemos escenas cotidianas que se desarrollan en su interior desde hace milenios.

Espacios donde las mujeres tuvieron un papel, que, sin duda, fue fundamental, tanto para las tareas de su construcción como para las de adecuación y mantenimiento.

La prehistoriadora Encarna Sanahuja, de manera innovadora, situándose en contra de los hábitos académicos propios de su ámbito, quiso dedicar mayor atención, en sus estudios sobre el Neolítico, a la hipótesis de la necesaria conservación del hábitat, que hace posible que las estructuras sigan siendo habitables. El mantenimiento de estas estructuras se alarga en periodos de tiempo muy dilatados que suceden a la construcción o a la elección de los lugares. En la reconstrucción de las tareas de mantenimiento, Sanahuja veía la participación imprescindible de las mujeres.

Quizá la historia de la arquitectura ha de dar más importancia a los lugares destinados a la vida y a su mantenimiento, donde es posible imaginar mejor la presencia de las mujeres, sus acciones colectivas, sus horas de intimidad. Porque la vida de las mujeres está y ha estado vinculada de manera central al ámbito de la casa. Hay que recordarlo sin desconsiderar su relación con el espacio social y público. Vivir en casas nos hace humanos, como especie. La casa es un hecho anterior a la creación de sociedades estables que dieron lugar a espacios comunes, poblados o ciudades. La casa es la piedra angular de la vida. Haber estado cerca de la casa y haberla deseado, habilitado, mantenido es parte de la historia que vincula a las mujeres con la arquitectura.

Pero poco sabemos de esas casas prehistóricas y de las vidas que acogieron y se hace preciso esperar a lo que dicen los textos literarios acerca de la vida cotidiana, para abrir las puertas de algunas de las casas que guardan las escenas del pasado. Paradójicamente, las primeras noticias literarias nos informan antes del sufrimiento de las mujeres, de la violencia que se ha ejercido contra ellas y por motivo de ellas, que de sus deseos y proyectos. La literatura arcaica es útil para considerar el aspecto más doloroso y negativo de la vida doméstica que afecta en especial a las mujeres: la violencia que se ha ejercido de modo constante sobre sus cuerpos. Una violencia activa y desgraciadamente presente siempre. Una forma de violencia que hoy parece arrear y es noticia rutinaria en nuestro país, que se precia de civilizado. Los sucesos de violencia afectan a la vida doméstica, ocurren en interior de las casas.

Hacia 2002 empecé a colaborar en un seminario interdisciplinar que lideraban Montserrat Moreno y Genoveva Sastre en la Facultad de Psicología de la Universidad de Barcelona, en el Departamento de Psicología Básica, y en torno a dos proyectos de investigación básica relacionados con la violencia de género: «Detección y prevención de la violencia contra las mujeres» (2005-2007) y «Conflictos interpersonales, su resolución y significado cognitivo-afectivo» (2004-2007).

A partir de estos trabajos, inicié un estudio más preciso de los rituales siniestros que se desarrollan dentro de los espacios, en los casos de violencia de género —«machista», como se llama ya sin rodeos— propuestos en el seminario. Este tipo de análisis, centrado en casos reales de violencia y agresión física y mental hacia las mujeres, hacía visible una situación extrema de privación de libertad, incluso siendo ellas las principales responsables del trabajo doméstico. Se ponía en evidencia la escasa libertad que algunas mujeres tienen para reservarse un espacio propio dentro de la casa, un espacio de trabajo y de intimidad, mientras que la mayor parte de los hombres disfrutaban de esas reservas imprescindibles: sus despachos, bibliotecas, salones y lugares de ocio.

En el otro extremo del análisis de la violencia, la privación de espacios propios y el deterioro de la libertad que se expresa en el interior de la casa sirve para reforzar el valor de la propia casa, y apreciar en qué condiciones se puede mejorar la experiencia de las mujeres y tratar los problemas de su aislamiento. La casa debería ser ese espacio de libertad donde realicemos el sueño de ser nosotras mismas, plenamente, con nuestros hábitos intelectuales y nuestros espacios de placer y de descanso, administrados y arreglados a nuestro gusto, para nosotras mismas.

He recordado esta experiencia de colaboración aplicada al tiempo presente, porque ha marcado también mi visión de la vida de las mujeres en las edades pasadas. A partir de este estudio, la historia de los espacios de la arquitectura, de la ciudad y de la casa, se transformó para mí. En esta búsqueda personal del pasado, los documentos más útiles han sido los que pertenecen a la historia literaria. En los textos literarios se guardan emociones que son imprescindibles para recomponer las historias más ocultas, las que apenas dejan rastro físico y material, como las que conciernen a las mujeres.

Voy a rescatar aquí alguna de estas figuras del pasado a través de la literatura. Empezaremos por una espeluznante maldición dirigida a una mujer de la *Epopéya de Gilgamesh*. El contexto es el de las culturas antiguas de Mesopotamia que fueron destilando durante casi tres milenios un extenso surtido de expresiones que delimitan el espacio habitado. Desde su lejanía, estos textos nos dictan qué forma de experiencia, en el marco del hábitat, gratificó a aquellos hombres y mujeres y fue amable para la vida, porque fue expresión de sus deseos. Informan también del signo negativo que daban a los lugares del infortunio y de la violencia.

Las palabras que cito van dirigidas a una cortesana, están recogidas en la versión asiria de la *Epopéya de Gilgamesh*, redactada a principios del primer milenio a. C., aunque sus primeras versiones datan de más de un milenio anterior. El nombre de la cortesana es Shámkhat, y las palabras son pronunciadas por su amante Enkidu:

Que jamás construyas un hogar dichoso,
que nunca ames a los jóvenes llenos de vida,
que jamás frecuentes el lugar donde festejan las doncellas,
que la hez de la cerveza manche tu hermoso seno,
que el borracho con sus vómitos manche tu vestido de fiesta,
que tu hombre prefiera bellas y alegres mujeres,
que se te golpee como la masa de arcilla del alfarero,
que no recibas alabastro jaspeado para tus ungüentos,
que tus jueces te arruinen (...),

que la brillante plata, riqueza de las gentes, no sea vertida en tu casa,
 que el mejor de tus lugares de placer sea el hueco de tu puerta,
 que el cruce de los caminos sea tu morada,
 que el despoblado sea el lugar donde te acuestes,
 que la sombra de las murallas sea tu lugar,
 que las espinas y los abrojos despellejen tus pies,
 que el borracho y el ebrio te den bofetadas,
 que tu taberna eche a la calle a los jóvenes (...),
 que se te trate a gritos, si estás en compañía,
 que no haya albañil que repare el techo de tu casa,
 que en los agujeros de tu casa anide la lechuza,
 que en tu casa no haya nunca un banquete,
 [...]
 que la entrada en tu regazo desnudo cause la enfermedad,
 que la enfermedad que alberga tu regazo desnudo sea tu presente,
 porque a mí, el puro, me habías seducido sin saberlo mi esposa.¹

Las palabras sobrecogen. Son maldiciones lanzadas contra la casa. Así aparece el deseo de que el umbral de la puerta sea el mejor de los lugares de placer de esta mujer, Shámkhat. Este dato habla de una civilización que ya supo valorar los espacios de intimidad, el interior de las casas, donde se lleva a cabo la experiencia plena del placer y del amor.

Susan Sontag recordaba la violencia y el daño causado a los cuerpos en *Ante el dolor de los demás*, parejo al daño ejercido sobre las casas y sobre las estructuras habitadas en las guerras. La casa no es un simple envoltorio del ser humano: es el marco de acción que representa mejor el derecho de individualidad y de plenitud vital. Quien ha sido privado de casa, o dañado en su derecho de habitar la propia casa con dignidad, es un ser maltratado.

La maldición a la mujer en la tradición bíblica, que proviene del mismo tronco de cultura y civilización de la antigua Mesopotamia, tiene una presencia constante. Los textos bíblicos son fuente y fundamento de muchas palabras tejidas en la tradición judeo-cristiana como una red de desprecio que aprisionan el cuerpo y el ser de la mujer. Aunque las alusiones al espacio habitado no estén presentes de una forma tangible, son frecuentes, en las historias bíblicas, las prohibiciones hechas a la mujer: prohibición de atravesar puertas, de ocupar espacios, de contemplar la ciudad que se abandona. Abundan las expulsiones fulminantes, como el castigo del exilio, después de haber transgredido las normas: desde Eva hasta la mujer de Lot.

1. *Poema de Gilgamesh*, ed. y trad. por Federico Lara Peinado, 3.ª ed., colección Clásicos del Pensamiento, n.º 45 (Madrid: Tecnos, 1997), tablilla 7, columna 3, vv. 10-30 y 33-35.

Dejando este ámbito arcaico, podemos visitar la literatura de la Grecia antigua. Son significativos los textos de la tragedia ática, tan útiles para estudiar la psicología humana, pero que permiten constatar la frecuencia de expresiones de odio hacia la mujer, maldiciones, deseos de infortunio y mandatos para su sometimiento.

Una de las figuras femeninas más odiadas es Clitemnestra, la esposa infiel que asesina a su esposo Agamenón cuando éste regresa de Troya, de la guerra que ha dejado huellas de sangre en sus manos. En la versión de Esquilo, en la trilogía que conocemos como *Orestíada*, en la primera tragedia de la serie, *Agamenón*, el coro explica en el inicio algunos hechos pasados que condicionan el drama, como el asesinato de Ifigenia, la hija de ambos. A pesar de este hecho horrible, la culpa recae en la mujer, en Clitemnestra –tanto en las versiones de Esquilo como en las de Sófocles–, por haber cometido adulterio durante la ausencia del guerrero, mientras que este último, autor del crimen más horrible, el de su propia hija, tiene derecho a ser vengado por sus otros hijos. La cadena de muertes que desencadena el regreso de Agamenón culmina en el matricidio, en la muerte de la mujer por mano de su hijo, Orestes. En la tragedia que sigue, titulada *Las Coéforas*, se refuerza una y otra vez la idea de que la casa es el lugar donde se debe salvar el honor masculino y que reedificar la casa, el palacio, figuradamente, es cumplir con esta venganza de sangre. Escuchemos las palabras que canta el coro trágico, mientras Orestes comete el matricidio en el interior del palacio, que permanece oculto a los ojos del público:

[Coro:] Interludio 2.^o

«¡Ya es posible ver la luz!

¡Ya se han quitado a la casa las fuertes cadenas!

¡Levántate casa!

¡Mucho, demasiado tiempo estuviste postrada en el suelo!»

Antístrofa 2.^a

«Y pronto el tiempo, que todo lo acaba, cruzará el umbral del palacio. Será cuando se expulse del hogar completamente la mancha con los ritos purificadores con que se echa afuera la ruina».²

Otras figuras femeninas de los textos trágicos soportan el juicio moral de la sociedad y justifican la venganza que destruye sus cuerpos y termina

2. Esquilo, *Las Coéforas*, en *Tragedias*, trad. por Bernardo Perea Morales, Biblioteca Básica Gredos, n.º 4 (Madrid: Gredos, 2000), 216, vv. 962-968.

con sus vidas. Estos textos tan duros con la mujer son especialmente sutiles en muchos aspectos de su poesía: así ocurre en las tragedias de *Antígona*, de Sófocles, y de *Medea*, de Eurípides.

Pero aparecen otras mujeres que son pasivas, temerosas, complacientes, en los ciclos narrativos de Grecia y en las tragedias y comedias. Así son la hermana de Electra, Crisótemis, y la de Antígona, Ismene, ambas en las obras de Sófocles. Estas mujeres que optan por el silencio de los vencidos son interesantes, no parecen idealizadas como las rebeldes que llevan a cabo acciones heroicas, aunque se las juzgue equivocadas, como Antígona y Electra. Estas otras, las hermanas, son aparentemente sumisas, pero considero que son dignas de que las escuchemos también.

Así lo ha hecho el poeta contemporáneo Yannis Ritsos (1909-1990), que, en extensos poemas en forma de monólogos de personajes trágicos, atiende a estas mujeres secundarias, las escucha, les permite hablar y expresarse, dando un giro a sus actitudes pasivas y mostrando el antiheroísmo de sus actos como una forma de sabiduría, de amor a la vida y desprecio por las pasiones inútiles que obligan a sus hermanas a destruirse.

En el poema *Crisótemis*, en el que habla la hermana pequeña de Electra, se hace visible una actitud inteligente –tal vez la única posible–, que contempla cómo las pasiones destruyen los lazos de su familia y tiñen de sangre la casa. Ella no participa, a cambio de cumplir su deseo de vida sosegada. Escuchemos a Crisótemis, según Ritsos:

Y así, desde mi insignificancia, estaba encantada
de ver y oír. Podía
soñar en libertad. Era hermoso, de verdad,
era como vivir
al margen de la historia, en un espacio mío, intacto
e incondicional,
protegida y, sin embargo, presente.
Pasaba horas enteras observando
el agua estancada en el jarrón con los tallos
podridos
de unas flores olvidadas; –algo aterciopelado
y viscoso
quedaba en el jarrón, se extendía por la estancia, por
la casa toda.³

3. Yannis Ritsos, *Crisótemis*, trad. del griego por Selma Ancira, colección El Acantilado, n.º 229 (Barcelona: Acantilado, 2011), 9 y 11.

Esta escena, en la que el poeta contemporáneo relea los acontecimientos trágicos, recrea una realidad muy común en la vida de las mujeres: muchas también han encontrado formas de felicidad asociadas a la calma de la casa, protegidas de la exclusión, del desprecio que soportan. Ellas deciden eludir el destino heroico con la valentía de quienes optan por escoger la vida. No son cobardes, simplemente se guardan de entrar en un conflicto de voluntades inflexibles, no producen violencia, sino que tratan de evitarla.



Figura 2. Escena de boda; decoración sobre epínetro, pintor de Eretria, finales del siglo V a. C. Fuente: Museo Nacional Arqueológico de Atenas.

El espacio de este texto es insuficiente para transitar por un camino continuo, una historia completa de la relación entre las mujeres y sus casas. A partir de aquí, haremos solo algunas paradas simbólicas que nos permitan ver estos vínculos en distintas situaciones de una historia que conduce al presente.

Podríamos seguir así mostrando algunas representaciones medievales de la mujer: imágenes como la de la figura de Santa Bárbara, encerrada por su padre en una torre, patrona de la arquitectura. En pinturas tardías, en el otoño medieval, esta figura permite entrever a algunas mujeres cultas, que leen, que dedicaron su vida al estudio. Santa Bárbara, en la pintura de Robert Campin, de 1438, parece confortada en el encierro de su estudio, un lugar muy común en las representaciones de figuras masculinas, que compartieron pocas mujeres sabias y religiosas (fig. 3 izda.).

Un espacio de estudio en el que transcurrió la vida de mujeres muy notables, como Hildegard von Bingen (1098-1179), abadesa y fundadora del

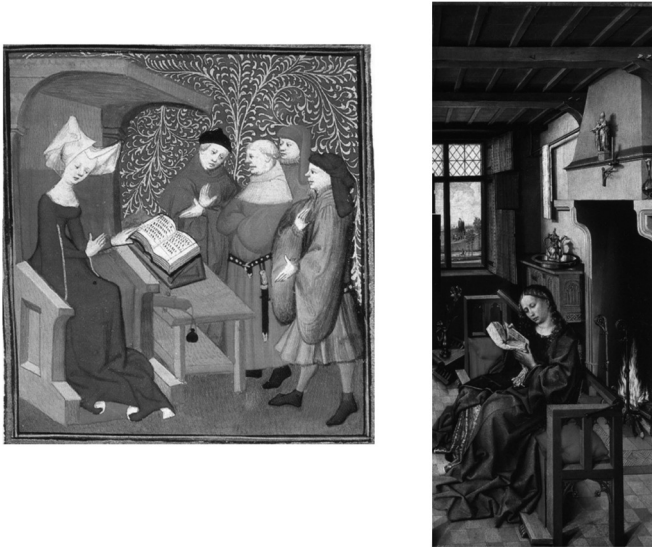


Figura 3. [Izda.] Christine de Pizan en su escritorio, ca. 1414. Fuente: British Library, Londres. [Dcha.] Robert Campin, *Santa Bárbara*, 1438. Fuente: Museo del Prado, Madrid.

monasterio de Rupertsberg, y como Christine de Pizan (1373-1431), la autora de *La Ciudad de las Damas*, de 1405, a quien vemos bien instalada en su escritorio, sola o en compañía (fig. 3 dcha.). Desde luego, la libertad que aquellas mujeres cultas pudieron gozar fue menor que la que disfrutaron los monjes, viviendo en comunidades y excepcionalmente en casas privadas con una buena posición en la sociedad.

Mucho más desdichada fue Eloísa, la amante de Abelardo, que terminó su vida en un convento, pero cuya historia empieza en la casa familiar donde sufrió la censura paterna y el castigo de la reclusión forzosa. Las cartas de amor que la tradición le atribuye, restauradas o quizá redactadas por otras manos después de su muerte, son piezas clave de la literatura femenina y merecen ser leídas, a pesar de su dudosa atribución: devuelven la opresión que los muros y los espacios han impuesto a la vida de las mujeres de aquella época.

De esas prohibiciones que las paredes de las casas impusieron a las mujeres nos hablan algunos cuentos recogidos y redactados por otra mujer sabia: María de Francia, que vivió en la Inglaterra de finales del siglo XII. Una de las historias, «El ruiseñor»⁴, nos sitúa en las casas burguesas del renacimiento

4. María de Francia, «El ruiseñor», en *Lais*, ed. y trad. del francés por Luis Alberto de Cuenca, colección Narrativa del Acanalado, n.º 287 (Barcelona: Acanalado, 2017), 95-98.

urbano medieval y habla de la reclusión doméstica impuesta a una mujer que aprovecha las ausencias de su marido para establecer una relación adúltera con un vecino. La historia es trágica y su final, que conocerá quien la lea, refuerza esa idea de la casa como una propiedad patriarcal donde la mujer debe ceñirse a las leyes que el varón impone o atenerse al castigo.

Esta podría ser la forma de vida reservada a mujeres que se debían al matrimonio, dando hijos para mantener la descendencia de los varones y guardando su honor. Vidas que han quedado ocultas y silenciadas para la memoria de los tiempos. Y que no difieren demasiado de muchas vidas de mujeres en el mundo actual.

El encierro propio de la casa medieval parece haber persistido en algunos espacios del mundo islámico, donde es vigente un patriarcado que controla y somete la libertad de las mujeres. Ellas no pueden escapar en estos casos de las normas que imponen límites a sus movimientos en el espacio público y dentro de los límites de la casa.

En las casas, se les reservó en el pasado un lugar concreto, el gineceo, las habitaciones propias de las mujeres: doble confinamiento, dentro de los muros que separan la casa de la ciudad y dentro de la propia casa. Estas casas, que en todo el marco del Mediterráneo han subsistido con una organización semejante, desde la extensión del imperio de Roma hasta la Edad Media, todavía hoy las podemos encontrar en ciudades antiguas de origen islámico. Son casas volcadas sobre el interior, muy bien protegidas de las calles de la ciudad y del clima caluroso. En estas casas, los espacios de las mujeres se encuentran con frecuencia en las salas altas que rodean los patios, apartadas de los lugares centrales donde se da la representación simbólica de la familia —del *harén*, en términos de ese espacio que para el islam es sagrado, íntimo y excepcionalmente protegido—. Desde allí pueden observar el mundo de la casa, protegidas detrás de las celosías. Su función es la de ver sin ser vistas, desde donde verán pasar las horas del día, sin formar parte de las escenas centrales de esa casa introvertida y protectora.

Una de estas casas permite que saltemos en el tiempo y nos acerquemos a nuestra época: es la casa de la infancia de la escritora magrebí Fatema Mernissi, en la medina de Fez, descrita en ese libro único que es *Sueños en el umbral. Memorias de una niña del harén*. Es interesante el modo en que Mernissi recuerda cómo aprendió las leyes relativas al espacio, sus prohibiciones y limitaciones, sin recibir mensajes explícitos: una topología que se transmitía a través de los usos y de los silencios, pero que suponía una ley férrea, cuya transgresión comportaba riesgo. La autora explicaba cómo el patio

era uno de los únicos lugares abiertos al cielo donde podía pasar las horas y contemplarlo. Un espacio que subrayaba el carácter opresor de la casa:

Contemplar el cielo desde el patio era una experiencia abrumadora. Al principio parecía domesticado a causa de aquel marco cuadrado hecho por la mano del hombre. Pero luego, el movimiento del lucero del alba, que se desvanecía lentamente en el profundo azul y blanco, se hacía tan intenso que mareaba. En realidad, algunos días, sobre todo en invierno, cuando los rayos del sol color púrpura y rosa intenso expulsaban del cielo las últimas estrellas que titilaban tercamente, una podría quedarse hipnotizada.

Vivir horas y horas dentro de los confines de una casa, aunque esa casa sea protectora, es una condena que solo estimula el ansia insatisfecha de libertad. Por eso Fatema Mernissi recuerda la pasión que despertaba en ella la visión de la ciudad desde la terraza:

Claro que, si se subía como una flecha a la terraza, podía verse que el cielo era más grande que la casa, más grande que todo, pero desde el patio, la naturaleza era insignificante. Había sido sustituida por los motivos geométricos y florales de los azulejos, la carpintería y el estuco. Las únicas flores de impresionante belleza que había en la casa eran las de los coloridos brocados que cubrían los asientos y las de los cortinajes de seda bordada que protegían puertas y ventanas. Si alguien quería protegerse de aquella geometría, era imposible que abriese la contraventana para mirar fuera. Todas las ventanas se abrían hacia el patio, ninguna daba a la calle.

Algunas mujeres de la casa se revelaban contra su encierro y se deleitaban bordando pájaros que tenían bellas alas y que secretamente representaban sus deseos de libertad. En la casa vivía una mujer que tenía sus habitaciones en la parte más alta de la casa, cerca de las terrazas superiores, la tía Habiba, una hermana del patriarca, repudiada en su matrimonio y acogida por su familia. Ella infundió el espíritu de libertad de la niña que fue Fatema:

La libertad de recorrer las calles a su antojo era el sueño de cada mujer. En ocasiones señaladas, tía Habiba solía relatar su cuento más celebrado, trataba de la mujer con alas, una mujer que podía irse volando del patio cuando le venía en gana.⁵

5. Fatema Mernissi, *Sueños en el umbral. Memorias de una niña del harén*, trad. por Ángela Pérez, 7.^a ed., colección Los Narradores (Barcelona: El Aleph, 2003), las citas son de las páginas 14 y 73.

La posición de las mujeres en las casas es ambigua. En parte, han sentido sus muros como una limitación, pero también han gozado de su protección y se han podido escapar de otras formas de vida volcadas a la imagen social, que muchos hombres han de mantener a costa de su felicidad. Las fotografías y representaciones contemporáneas de las mujeres en sus espacios privados hablan de ambas situaciones: algunas tareas que apenas realizamos en el mundo moderno, como la costura en soledad o compañía, o la lectura que las mujeres practican por encima de los varones desde el siglo XIX, constituyen nuestros mejores recuerdos. Nuestra entrada de pleno en el mundo laboral termina con la libertad que nos han dado estas vivencias, porque nuestro tiempo libre se ha hecho más escaso que el de los hombres, en general, ya que lo dedicamos ahora a muchas actividades no siempre compatibles. Tenemos menores salarios, jornadas dobles de dedicación, a la casa y al trabajo, y no podemos elegir siempre: seguramente no es la vida que hemos imaginado. En realidad, sobre los buenos momentos de la vida en la casa, ha prevalecido para muchas mujeres la angustia de vivir en un encierro no deseado y la urgencia de desarrollar un papel en la sociedad, con todas las dificultades.

A pesar de estas contradicciones, estoy segura de que la vida pública ha debido ser el deseo de muchas mujeres que nos preceden, especialmente si tuvieron la preparación que les hubiera podido permitir disfrutar de mayor libertad en el espacio público, en el ámbito de la producción y del saber. En el siglo XIX, todavía las imágenes más frecuentes en las representaciones cotidianas muestran a las mujeres ociosas en los interiores de las casas, o dedicadas al aderezo personal —otra fuente de tensión para muchas mujeres—, y pocas veces dedicadas a actividades que ya eran muy comunes, como la lectura y la escritura⁶. Algunas pinturas del siglo XIX transmiten esa melancolía de un ocio forzado: la amargura de no haber podido tener una profesión, una disciplina científica o una obra artística, aun habiéndolo deseado (fig. 4).

Carmen Baroja (1883-1950), hermana del escritor Pío Baroja y madre del antropólogo Julio Caro Baroja, escribió durante años apuntes y diarios de su vida. Ahora han sido recuperados por Amparo Hurtado por encargo su hijo (fig. 5). Las palabras de Carmen Baroja reflejan con amargura la disconformidad con una vida gastada en contra de su deseo de conocimiento. Lamenta no haber podido desarrollar mejor su vocación de artesana, ni participar plenamente en la vida artística y política de su generación, la llamada

6. Stefan Bollmann, *Las mujeres, que leen, son peligrosas*, trad. por Ana Deluca Silberberg, con prólogo de Esther Tusquets, 9.ª ed. (Madrid: Maeva, 2017); *Las mujeres que escriben «también» son peligrosas*, trad. por Ana Deluca Silberberg, con prólogo de Esther Tusquets, 4.ª ed. (Madrid: Maeva, 2017).